

Celda y silencio. Dimensiones antropológicas de la espiritualidad del desierto

Fecha recibido: 9/06/2022 - Fecha publicación: 2/09/2022

Cell and silence. Anthropological dimensions of desert spirituality

Érika Soto Blandón²

Resumen

El presente artículo tiene como objetivo fundamental proponer un acercamiento a la espiritualidad del desierto en perspectiva de la celda como medio e itinerario que posibilita entender lo que ella significa para la vida ascética, así como las bondades que aporta en su practicidad diaria, como propuesta actual de encuentro consigo mismo, con el mundo y con Dios. En este sentido el recorrido de la reflexión presenta el silencio en tanto, categoría de análisis que al lado de la celda y la soledad posibilitan un clima de recogimiento, escucha y encuentro de las resonancias internas, del mundo interior, con miras a entender la experiencia de los padres del desierto y de esta manera tener un acercamiento a la comprensión de la estructura antropológica, a partir de la espiritualidad como condición de las relaciones humanas. Para los padres del desierto, la espiritualidad vivida como sintonía armoniosa entre estas cuatro relaciones posiblemente, era lo que determinaba la condición de ser hijo de Dios.

Palabras clave: Apotegma, Espiritualidad, Celda, Desierto, Silencio.

Abstract

The main objective of this article is to propose an approach to the spirituality of the desert in perspective of the cell as a means and itinerary that makes it possible to understand what it means for ascetic life, as well as the benefits it brings in its daily practicality, as a current proposal. encounter with himself, with the world and with God. In this sense, the path of reflection presents silence as a category of analysis that, together with the cell and solitude, make possible a climate of recollection, listening and encountering internal resonances, of the inner world, with a view to understanding the experience. of the fathers of the desert and in this way have an approach to the understanding of the anthropological structure, from spirituality as a condition of human relationships. For the fathers of the desert, the spirituality lived as a harmonious harmony among these four relationships, possibly, was what determined the condition of being a child of God.

Keywords: Apotegma, Spirituality, Cell, Desert, Silence.

2. Teóloga de la Universidad Católica de Oriente-Rionegro-Antioquia. Erikafe19@hotmail.com

Introducción

“En Scitia, un hermano vino al encuentro del abad Moisés, para pedirle una palabra. Y el anciano le dijo: «Vete y siéntate en tu celda; y tu celda te lo enseñará todo».

Este breve apotegma pertenece a la sabiduría del desierto; exactamente es atribuido a uno de los padres más emblemáticos y mencionados en estos dichos, el Abba Moisés. Sus estribillos hacen parte de una de las líneas de reflexión y praxis más común y auténtica de estos ascetas; en él desarrolla una profunda reflexión que alude a la sabiduría del día a día “Abba, dame una palabra”, esta expresión evoca la manera en que los padres eran consultados tanto por los mismos monjes como por los seglares, no importaba la condición; la voz de los padres del desierto cruzó fronteras y no pocas eran las personas que los consultaban a diario. Cabe preguntarse ¿Qué había en la palabra de estos moradores del desierto, que eran tan buscados? La respuesta es simple, quienes los escuchaban encontraban en ellos sabiduría, descanso, serenidad y respuestas a sus más profundos interrogantes.

La celda en los padres, más que un lugar inhóspito en las profundidades del desierto, es considerado una actitud interior donde al lado del silencio y la soledad -condiciones fundamentales para la autoobservación- conduce al monje al autoconocimiento, permitiendo así encontrarse con su propia verdad. Así lo deja ver el Abba Moisés en su apotegma “*tu celda te lo enseñará todo*”. El conocimiento de sí en los padres está íntimamente ligado con la celda. Esta, posiblemente era la metáfora usada para comprender cómo se mueve la dinámica interna; allí se observa con atención lo que sucede en el mundo interior; se hace seguimiento a los pensamientos, emociones, a lo sensorial... y los padres y las madres descubren que todo esto que pertenece al mundo interior, en el fondo coincide con lo que ellos denominaron pasiones.

Para los padres del desierto, estas pasiones imprimen en la vida del ser humano dolor, sufrimiento, muerte y las reconocen como parte de la estructura antropológica del hombre; sin embargo, también se dan cuenta de que no a todos los dominan las mismas pasiones; cada persona posee una dinámica interna diferente, en donde una determinada pasión la mueve de manera distinta. Esto los convierte en grandes observadores puesto que permanecer en la celda implica una gran conocimiento de sí mismo, haciendo que el individuo salga de su ignorancia y desde este punto de vida halle sabiduría.

Con esta manera de comprender la sabiduría, los padres hacen un especial énfasis en lo concreto, en esas específicas situaciones que vive el ser humano día a día, que carecen aparentemente de explicación y comprensión, generando así un caos interno y externo para quien lo vive. Este fenómeno, que se genera por el desconocimiento de su propia verdad, impide que la persona tenga una mirada completa de sí, lo que le infringe dolor y sufrimiento.

Estas -entre otras- son las cuestiones que los padres empiezan a comprender como parte de la experiencia del ser humano, no desde un lugar aislado, sino leída a la luz de la experiencia propia y de sus semejantes. Quien se asume en la vida desde esta perspectiva logra tener una mirada completa no solo de él, sino también del mundo y de Dios, pues la celda no es solo un lugar de encuentro consigo, también “Dios está en la celda” así lo afirma el Abba Daniel [...]. La experiencia es el punto de partida de la reflexión de los padres del desierto, sobre el ser humano, el mundo y Dios. Considerar estas cuestiones desde una perspectiva histórica y experiencial, es lo que permite a los padres del desierto proponer un itinerario práctico para salir de la ignorancia de sí y alcanzar la sabiduría.

La celda. Un medio para salir de la ignorancia

Los dichos o llamados *apophthegmata* de los padres del desierto son la fuente principal para indagar y profundizar sobre la propia espiritualidad. Sus escritos no son tratados sistemáticos, sino narraciones sueltas de carácter anecdótico que se desarrollan a través del ejercicio de la palabra sobre cuestiones puntuales; también en diversas ocasiones son explicadas con esta expresión “Abba, dame una palabra”. Es a través de esta petición escuchada reiterativamente en los dichos donde se puede encontrar el mensaje profundo, no solo de carácter reflexivo y teórico sino también práctico “Abba, ¿qué debo hacer?” Es allí donde se encuentra el significado que ellos le confirieron en sus dichos a la celda y a la relación íntima con el monje o con quien desee permanecer en ella. La celda significa para la espiritualidad del desierto una mediación del encuentro con Dios a través del encuentro consigo mismo, permitiendo esto un autoconocimiento que abre posibilidades para que el ser humano pueda salir de su ignorancia y se haga sabio. No obstante, es recomendable hacer alusión a fragmentos de otros padres tardíos como Evagrio Póntico (349-399 d. C) y autores que se han dedicado a profundizar sobre la vida de los padres, de tal manera que se pueda ampliar la mirada y el sentido que estos le atribuyeron a sus escritos.

La celda es un término que aparece frecuentemente en las sentencias de los padres. Su etimología viene del latín *cella* y traduce: *habitación pequeña*. En la espiritualidad cristiana, se le dio este nombre a los lugares construidos en la inmensidad del desierto y hacia donde miles de hombres y mujeres llegaron a congregarse, sin embargo, debemos reconocer que antes de que se diera inicio al monacato como estado eclesial (siglo III. d. C), hubo vírgenes y ascetas que vivían de manera privada su consagración a Dios. Después se encuentran multitudes de solitarios -valga la paradoja- y comunidades de monjes que transformaron el desierto, pasando de significar un lugar horrendo y poblado por demonios según la concepción popular, a ser un sitio elegido digno de ángeles. Inicialmente esos primeros sitios fueron Scéte y Nitria (Nordeste del delta del Nilo, Egipto). En este sentido, los padres buscadores de Dios tuvieron la necesidad de buscar una celda. Celda como lo explica Anselm Grüm en el contexto cristiano significa “la habitación del monje, un pequeño espacio que él

se ha construido y en el que permanece normalmente todo el tiempo. Allí se sienta él para orar y meditar” (2017, p.17).

La celda ocupa un lugar privilegiado en los padres, si bien inicialmente significó un pequeño y rústico espacio donde se podía huir de la ciudad, del ruido y preocupaciones, terminó transformándose en un símbolo de la interioridad del monje, del conocimiento de sí, de la serenidad interior, del medio para obtener uno de los frutos y objetivos más importantes para los padres: la *hesiquía*, la calma, el reposo espiritual. Así lo expone el Abba Antonio en uno de sus dichos según Elizalde (1986):

Dijo también: “Como los peces mueren si permanecen mucho tiempo fuera del agua, de la misma manera los monjes que se demoran fuera de la celda o se entretienen con seculares; se relaja la intensidad de su tranquilidad interior (*hesiquía*). Es necesario que, como los peces del mar, nos apresuremos nosotros a ir a nuestra celda, para evitar que, por demorarnos en el exterior, olvidemos la custodia interior. (Elizalde, 1986, Vol. I, num. 10).

Desde la perspectiva de estos padres, la celda no es solo un espacio material sino una actitud interior donde se vuelve vital permanecer, vigilar y custodiar. Partiendo de su etimología, es el lugar al que el monje se retira para sus prácticas de recogimiento y devocionales y que, además, permite su “encuentro con la propia verdad” (Pérez y Osorio, 2021, p. 613). De allí parte la preocupación y el cuidado que los padres conferían a la celda como una actitud de vigilancia interior. Así lo deja ver el Abba Simón:

[...] Abba Pastor dijo que un hermano interrogó a Abba Simón, diciendo: «Si al salir de mi celda encuentro a mi hermano distraído, me distraigo con él; y si lo encuentro riendo, me río con él. Por eso cuando vuelvo a mi celda, ya no puedo tener descanso». El anciano le dijo: «¿Pretendes tú al volver a tu celda encontrarte como estabas al salir de ella, si cuando encuentras a los que ríen, ríes con ellos, y cuando encuentras a los que hablan, hablas con ellos?». El hermano le dijo: «Entonces, ¿qué?». El anciano le dijo: «Guarda la vigilancia en el interior y guarda la vigilancia en el exterior» (Elizalde, 1986, Vol. II, num. 711).

La enseñanza del Abba Simón es una forma de comprender lo que significa la celda como actitud en la vida, no solo de aquel monje en los siglos III-IV sino también en la del ser humano situado en cualquier tiempo y escenario. Celda, recogimiento, permanencia, vigilancia interior, al parecer remiten a una cosa: al autoconocimiento y escucha de la dinámica interna. Así lo comprende y expone el Abba Moisés: “En Scitia, un hermano vino al encuentro del abad Moisés, para pedirle una palabra. Y el anciano le dijo: «Vete y siéntate en tu celda; y tu celda te lo enseñará todo” (Elizalde, 1986, Vol. II, num. 500, p.30). Esta expresión acerca de la celda, propone sus bondades y enseñanzas, toda vez que es asumida como un medio que ayuda al ser humano a encontrarse y en este proceso hallar el autoconocimiento. Ahora bien, es importante resaltar que la celda no es un ensimismamiento, dado que los padres la consideraban un medio para encontrarse con Dios fruto de un encuentro consigo mismo, que trascienden hasta

allá el alma y su conocimiento. Por otra parte, el juicioso ejercicio de la celda según los padres permite identificar los *fieros pensamientos*- pasiones que dominan desde adentro al ser humano, así lo sugieren el Abba Daniel y el Abba Simón con relación a las dos bondades antes mencionadas como fruto el ejercicio de la celda: el encuentro consigo mismo y con Dios y la identificación de los fieros pensamientos:

[...] Caminaban una vez Abba Daniel y Abba Amoes. Y Abba Amoes dijo: «¿Cuándo estaremos nosotros también sentados en la celda, padre?». Le dijo Abba Daniel: «¿Quién nos quita a Dios ahora? Dios está en la celda y también afuera está Dios» (Elizalde, I, p.64).

[...] Dijo Abba Juan: «Soy como un hombre sentado bajo un gran árbol, y que ve venir contra él muchas fieras y serpientes, y como no les puede resistir, sube al árbol y se salva. Del mismo modo, sentado en mi celda, veo los fieros pensamientos que vienen contra mí, y que no he de poder con ellos; huyo por la oración adonde está Dios, y me libro del enemigo» (327).1012

El estar cara a cara con la propia verdad es el escenario propicio para conocerse y trascender al conocimiento de Dios; solo se puede estar frente a Dios cuando el alma está al descubierto, sin máscaras, sin fragmentaciones, sin imágenes distorsionadas. Así lo expone Bernardo de Claraval (+1153) y Guillermo de Saint Thierry (+1148) expresándose como si el mismo Dios hablara “Conócete, porque tú eres mi imagen, y así reconocerás esa imagen que soy en ti. Me encontrarás en ti” (Grüm, 2001, p. 21). Del mismo modo lo expone Leśniewski: [...] Por encima de todo, conócete a ti mismo. Porque nada hay más difícil que conocerse a uno mismo, nada más embarazoso, ni nada que cueste más trabajo. Sin embargo, cuando te hayas conocido a ti mismo, entonces también podrás conocer a Dios (Leśniewski, 2017, p. 19-20).

El autoconocimiento, según esto, no es una búsqueda egoísta de sí mismo al margen de Dios, *etsi Deus non daretur*, sino la búsqueda de Dios a través de su imagen; sin embargo, este camino no es fácil, pues para poderlo alcanzar, en primer lugar es necesario permanecer en la celda, entendida esta como medio y como actitud vigilante, observando siempre lo que sucede en la propia interioridad. El padre Antonio lo había expresado en su apotegma donde utiliza los peces como metáfora, para indicar que no se debe abandonar la celda, porque esto “relaja la intensidad de su tranquilidad interior” (Elizalde, 10, p. 16), salir de la celda implica perder el contacto consigo mismo, con su verdad, con la realidad, con la manera de permanecer en ella, quiere decir con los pies sobre la tierra. De esta manera también lo expone el Abba Arsenio:

Alguien dijo a Abba Arsenio: “Mis pensamientos me afligen, diciéndome: no puedes ayunar ni trabajar; visita al menos a los enfermos: también esto es caridad”. El anciano, conociendo que era semilla sembrada por los demonios, le dijo: “Ve, come, bebe, duerme y no trabajes; pero no salgas de la celda”. Pues sabía que la paciencia de la celda lleva al monje a observar su orden (Elizalde, 49, p. 24).

La expresión del Abba Arsenio: “Pues sabía que la paciencia de la celda lleva al monje a observar su orden”, permite identificar lo que los padres plantean que se puede alcanzar con el ejercicio de la celda. Es una forma de poner en orden el caos interno que vive el ser humano; en otras palabras, en la celda se encuentra la posibilidad de organizar la vida, de darle comprensión a diversas situaciones que pertenecen a la realidad de cada persona, quien por desconocimiento de sí misma no ha logrado nombrar ni mucho menos comprender la génesis ni los factores que han contribuido a formar el drama que vive y que pertenece a su historia de vida. Por otro lado, se resalta la expresión del Abba Juan donde identifica las pasiones como “*feros pensamientos*”, es “*sentado en la celda*” donde se logran identificar y es allí mismo donde se combaten.

Como se puede observar, los padres, estos seres que buscaban una experiencia mística, no parten de algo abstracto, de algún presupuesto ajeno al ser humano y a sus fuerzas, para dar respuesta a los interrogantes más profundos de su corazón; su punto de partida y su itinerario estuvo siempre atravesado por lo antropológico y se puede decir que hasta terapéutico. Burton-Christie (2007) expone que, “el silencio y la soledad del desierto, revelaban claramente las motivaciones ocultas del corazón, centrando la motivación de los padres del desierto en cuestiones morales, ascéticas y psicológicas de una manera particularmente perspicaz” (Burton-Christie, p. 127). Esto deja entrever que los padres no buscaban respuestas fuera de su misma realidad, de su dinámica interior, de sus pasiones o de sus mismas apetencias humanas; al contrario, era precisamente ahí donde el ejercicio de la celda cobraba -y sigue cobrando en la actualidad- la validez que se pretende resaltar en esta reflexión teológica.

Si bien se ha hablado de la celda como una medición para el encuentro consigo mismo y con Dios como una propuesta de los padres del desierto, también resulta conveniente aclarar que estos no instauraron ningún método que diera a conocer las condiciones para llevar la celda a cabo; tampoco hubo algún tipo de sistematización que permitiera evidenciar lo que le sucedía a la persona que realizara este ejercicio. Al menos esta es la conclusión que por nuestra parte arroja una lectura rigurosa de las sentencias de los padres del desierto, misma opinión compartida por el autor Pérez (2021) en el anexo sobre la celda de su obra *La posesión demoníaca. Un fenómeno antropológico de origen relacional. Aproximación interdisciplinaria* (p. 618).

Respondiendo a este vacío que dejan los padres, se tomará de dicho autor el método terapéutico tal como lo expone, partiendo de la investigación que él realiza sobre la celda en la espiritualidad del desierto. Se tendrá presente con el objetivo de argumentar teóricamente el caso de Luciana, una mujer que decide a sugerencia de su terapeuta implementar en su trabajo personal el método de la celda. En esta reflexión, su caso será relacionado, con la intención de llevar al lector a tener una comprensión más experiencial de lo que una persona puede lograr con este ejercicio. Pero antes de esto, se expondrá el método antes propuesto.

La celda. De práctica ascética a estrategia diagnóstica y terapéutica

Se ha insistido reiteradamente que el objetivo fundamental de esta reflexión es rescatar la actualidad de la celda como una posibilidad que le permite a quien desee vivirla, organizar su vida a través de un encuentro consigo mismo, fruto de este, surge un autoconocimiento, por medio del que el ser humano puede acceder a una mirada más completa de su historia y allí tener una mejor comprensión de todas las dimensiones de su vida y realidad. Ahora bien, con dicho método se pretende plantear el paso a paso de cómo hacer el ejercicio de la celda y así permitir -a quien decida practicarla- realizar una conexión que le posibilite tener una experiencia original.

La primera condición está relacionada con el lugar donde se realiza el ejercicio de celda. Emulando las cuevas naturales o artificiales de los Padres del desierto, se busca garantizar el silencio, la soledad y la oscuridad. Estas características del lugar facilitan el recogimiento interior, focalizan la atención e invitan a confrontar todas las realidades que configuran la vida interior. La oscuridad, de manera especial, tiene la finalidad de evocar los miedos personales que se intentan evadir conscientemente con la sobrecarga de actividades y la distracción. Una vez la persona ha logrado estas condiciones se dispone a asumir una posición corporal específica. Los ascetas afirman, reiteradamente, que la persona ha de *sentarse* en la celda. Existen varias formas de sentarse, sin embargo, se recomienda tener los pies en contacto con la tierra, la columna vertebral lo más derecha posible, la cabeza en simetría con la columna y las manos sobre las piernas con las palmas hacia arriba o hacia abajo. Esta posición impide que las partes del cuerpo se crucen y constituye un lenguaje corporal con el que se pretende expresar, simbólicamente, el contacto de la persona con la tierra, esto es, con la historia personal y, al mismo tiempo, su elevación al misterio divino. Esta posición intenta, por otra parte, ser una expresión de lo que el ser humano representa en cuanto imagen y semejanza de Dios, toda vez que los pies en la tierra recuerdan la limitada condición humana y la cabeza erguida simboliza su procedencia divina (Pérez y Osorio, 2021, p. 618-621).

El método expuesto permite tener una mirada más amplia de lo que se ha venido exponiendo desde el inicio del escrito; quien desee hacer una comprensión más limpia de corazón de su propia historiografía se podría decir que necesariamente debe hacer un proceso de conexión que involucre todas las dimensiones de su vida. Es una experiencia que debe estar atravesado por la honestidad de la persona, no hay espacio para ocultar, ni por vergüenza, miedo u orgullo o cualquier otro sentimiento que embargue al ser humano en ese momento. Debe ponerse atención a cómo el autor expresa que, la posición asumida en la celda ayuda a la persona a recordar la imagen y semejanza de Dios en relación a su limitada condición humana; este presupuesto es de sumo interés puesto que la falta de honestidad consigo misma y con el otro que en varias ocasiones asume el hombre, proviene precisamente de esa necesidad de ocultar, de no ser transparentes, de mantener una máscara que no permite mostrarse y que el otro vea tal cual es la persona. Esto dificulta que el ser humano se sienta creatura

a imagen y semejanza de Dios, pues cuando se reconoce la condición creatural no hay necesidad de sentirse superior a otros y se reconoce la fragilidad. Ahora bien, el método antes citado dará paso al ya mencionado testimonio de Luciana, para el que se han garantizado las necesarias protecciones de identidad de la persona y de su experiencia.

Luciana es una mujer de 36 años, quien decide iniciar un proceso terapéutico después de experimentar una fragmentación en todas las dimensiones de su vida, que la afectaba significativamente. Su terapeuta le propone el ejercicio de la celda con el que en su caso concreto buscaba una conexión que le permitiera la escucha de su dinámica interior. Ella realiza varios ejercicios corporales guiados por su terapeuta, siendo el principal objetivo escuchar las resonancias del cuerpo. En estos, Luciana empieza a conectarse con imágenes, voces, escenarios, rostros, en otras palabras, varios recuerdos reprimidos que habían permanecido ocultos en los escombros de su memoria; sin embargo, no en la memoria del cuerpo, donde siempre estaban manifestándose, gritando de múltiples formas, eso a lo que aún no se le había dado voz ni mucho menos, había podido tramitar en su vida.

Después de estas primeras resonancias venía la tarea más difícil, al menos así lo refirió ella: estar consigo misma. Ella se había acostumbrado a huir constantemente de su realidad; se refugiaba en la música, en el trabajo, en el estudio; cualquier distracción era buena con tal de no conectarse con ella; por supuesto, esta manera de asumirse en la vida representó grandes y fuertes dificultades especialmente relacionales, pues al no vincularse bien con ella misma tampoco lograba conectarse de una manera limpia con sus semejantes. La tarea de la celda para Luciana fue todo un reto, porque aquí se trataba era de permanecer, de escuchar, de estar atenta, vigilante, de entrar en contacto con su cuerpo y su interioridad. Fue un trabajo difícil que todavía no termina, pero cuyo fruto ha sido lograr ponerse frente a frente con su verdad comprendiéndola en su conjunto. Allí la ha asumido integrándola como parte de su historia, si bien es una verdad desagradable; ella comprendió que por esto y de una forma consciente había decidido ahogarla con una carga grande de actividad y distracciones; esto no le permitía entrar en contacto consigo misma y por supuesto con su real experiencia de vida. Así podía sentir todo aquello que estaba en su interior, como ajeno, como si no perteneciera a ella, sin embargo, esto no solucionó sus problemas, al contrario, los agudizó, porque la manera de posicionarse en el mundo gritaba desesperadamente una historia que no había quedado olvidada; solo se había dividido como si fueran las piezas de un rompecabezas y necesitaban después de mucho tiempo volverse a unir y entregarle a su dueña una imagen completa de su verdad.

Este testimonio de Luciana es solo un ejemplo de la experiencia de muchas personas que llevaban una vida fragmentada; la soledad, el silencio, el permanecer consigo mismos es algo a lo que la mayoría de los seres humanos le huyen, incluso les produce miedo, porque implica focalizar la atención e interpelar todas las realidades que configuran la vida interior. No obstante, quien logra permanecer en la celda y estar atento, podría salir de la ignorancia y alcanzar así la sabiduría que permite al ser

humano recuperar la armonía creatural, la serenidad, la paz interior. Estos hombres del desierto no fueron considerados sabios por ser muy letrados, o porque manejaran a la perfección las variadas cosmologías de su tiempo; la gente los empezó a reconocer más por las propuestas que hacían, por sus palabras y por un estilo de vida que además seducía a quienes se acercaban.

La sabiduría tiene varios significados, el más bíblico consiste en *saber vivir según Dios*, pero también implica comprender y conocer cómo están estructuradas la historia, la realidad y el ser humano, es decir, el modo en que se va configurando a lo largo del tiempo. Si la persona entiende la propia existencia para llegar a ser lo que es, entonces habrá comprendido sabiamente su logro. Desde este punto de vista, entonces, la celda no solo implica un profundo conocimiento de sí mismo, sino un disciplinado trabajo personal para reconocer y sujetar las propias pasiones, esas que el Abba Juan sentado en su celda reconoce como *fieros pensamientos*. Las pasiones son otro elemento importante -y se podría decir central- en la espiritualidad de los padres, pues el ejercicio de la celda bien practicado tiene como resultado, identificar todo lo que mueve al ser humano internamente incluyendo aquellos vicios que afean la hermosura original de la que hace referencia san Bernardo de Claraval y que el ser humano pierde históricamente por la emergencia de las apetencias humanas (cf. Pérez y Osorio, 2021, p. 616-617). Es importante aclarar que en esta reflexión teológica no se ahondará sobre el tema de las pasiones en la espiritualidad de los padres del desierto puesto que no es el objeto central de este escrito, sin embargo, sí es interesante hacer una breve mención sobre la relación de las mismas con el trabajo de la celda.

El tema de las pasiones, es un hilo conductor que recorre como una savia toda la espiritualidad del desierto; son por así decirlo el núcleo de la observancia, la permanencia, la meditación; el principio y el fin al cual desea llegar cualquier padre del desierto o cualquier persona que desee habitar en la sabiduría y salir de su ignorancia. Cabe resaltar que, aunque en este breve comentario solo se hable de las pasiones a partir de la concepción de los padres, es importante hacer mención de que este tema ha inquietado a no pocas personas que desde diferentes disciplinas y perspectivas epistemológicas, han intentado acercarse y comprender de dónde emergen, cómo operan en el individuo, trastornan y vuelven compleja la vida humana. Ya Jesús había hablado de ellas en un contexto de lo puro e impuro con relación a la comida (Mc 7,14-23 y Mt 15, 10); en dichos textos evangélicos expone que los vicios y pecados no son algo que venga de afuera, sino que surge de adentro, es decir, no es nada que irrumpa en la vida del hombre de una manera caótica e incomprensible, incapaz de darle nombre, sino que hacen parte de la antropología, la estructura del ser humano. San Pablo también hace una mención importante frente al tema: Rm 1, 26-27 y 7, 5; Gal 5, 24-26; Ef 2, 3 y de la misma forma lo hace la patrística.

Ahora bien, desde la perspectiva de los padres del desierto existen diversos apotegmas que datan experiencias sobre las pasiones o también conocidas como *fieros pensamientos* sin embargo es Evagrio Póntico quien las organiza y sistematiza:

Téngase presente que, desde entonces, muy particularmente gracias a su iniciativa, se empezaron las colecciones de apotegmas de los padres del desierto, ya que éstos son la respuesta escueta a dificultades planteadas por los monjes a su padre espiritual. Evagrio había iniciado el camino en materia de discernimiento de pensamientos. Su perspicacia psicológica sigue asombrando aún en nuestros días (Póntico, 1995, p. 61).

Más tarde la espiritualidad cristiana los va a nombrar como los siete pecados capitales. Estas pasiones o vicios los nombra Evagrio Póntico en su tratado práctico, diciendo que son ocho y que responden a los siguientes nombres: “el pensamiento de la gula, el demonio de la fornicación, la avaricia, la tristeza, la cólera, el demonio de la acedia, el pensamiento de la vanagloria y el demonio del orgullo.

Para Evagrio, las pasiones indican una realidad que afecta y distorsiona la armonía del ser humano, es decir, tienen un impacto negativo en la estructura antropológica del hombre; por esto para los padres era tan importante comprender, conocer y sobre todo saber cómo hacerles frente, pues tenían claro el peligro que reflejaban, no solo para la contemplación y ascenso a lo divino, sino para la vida práctica, donde se estaba llamado a vivir bien y a entrar en armonía con Dios y todo lo creacional, como lo expone el autor:

La pasión comprende toda la debilidad interior del hombre, fuente del miedo y de los “deseos” o pensamientos apasionados, que saca al hombre fuera de sí, lo pone en tensión, le hace perder la calma y el equilibrio de su juicio. Según los estoicos, la tranquilidad y la paz solo se alcanzan liberándose de las pasiones. La táctica puede ser múltiple, pero la meta es siempre la indiferencia frente a las cosas y las personas, que da libertad de espíritu. Libertad que uno no tiene si es esclavo de las pasiones, llámese cólera, avaricia, gula o cualquier otra (Póntico, 1995, p. 80).

Obsérvese la descripción en relación con la fuerza y la repercusión que tiene una pasión en la estructura antropológica del hombre: esta se encuentra asociada con los *miedos, deseos, pensamientos apasionados que sacan al hombre fuera de sí* a tal punto que le hace perder su *equilibrio*. Resaltar estas características resulta propositivo para ir comprendiendo porqué para los padres este tema enfoca su atención convirtiéndose en el punto central de su reflexión, pues las pasiones no solo trastornan la vida del ser humano, sino que a causa de ello imprimen en él mismo, sufrimiento. Así lo exponen Pérez y Osorio:

El término *πάθημα, pasiones*, hace referencia a realidades antropológicas implicadas en la pérdida del equilibrio humano y en un sinnúmero de dificultades de carácter interpersonal... Son presentadas como *fuerzas internas* que podrían esclavizar al ser humano y someter su voluntad... Proviene del mismo corazón humano, esto es, hacen parte de la condición humana y no de agentes externos (Pérez y Osorio, 2021, p. 420).

He aquí la importancia de hacer una comprensión general de las pasiones frente al tema que se ha estado abordando en relación con la celda. Es pertinente recordar que, los padres proponen la celda como un medio para salir de la ignorancia; con ella se encuentra el silencio. tema que se desarrollará en el siguiente apartado, la permanencia y la observancia.

¿Qué era lo que los padres tanto observaban? Recordemos que al inicio del apartado se expuso que las pasiones son el centro de la reflexión de los ascetas, puesto que pertenecen a la vida práctica y a lo común del diario vivir. En la comprensión de las mismas se encuentra la sabiduría. Allí radica la importancia de la celda; ella permite que el monje se mantenga atento y se encuentre consigo mismo, que aprenda a escuchar su dinámica interna, cómo piensa, cómo siente, cómo actúa y por qué lo hace de esa manera. Lo conecta consigo mismo, con su historia, con su verdad. Esto era lo que los padres buscaban, tener una mirada completa de sí mismos y desde allí encontrar la manera de hacer frente a las pasiones puesto que cuando se les permite que aquellas dominen, trastornan la vida de la persona imprimiendo así sufrimiento y alterando su mundo relacional, haciendo que en la mayoría de los casos, rompan sus vínculos tanto con ellos mismos como con el otro.

Para concluir, es pertinente resaltar que la debida observancia de las pasiones permite al tener una mirada más completa de sí mismo, siendo allí dónde radica su importancia. El hombre no solo es una creación de Dios, sino que es cocreador de su propia vida, en la cual muchos han intervenido. La manera como lo hayan hecho o lo sigan haciendo, puede trastornar la vida de una persona. De esta manera las dimensiones del ser humano se vician y empieza a surgir en la vida, lo que los padres reconocieron como parte de la estructura antropológica del hombre y le dieron por nombre pasiones; estas a su vez surgen adueñándose y afectando el mundo relacional. Comprender la dinámica de las pasiones en cada historia puede contribuir a vivir de una manera más sabia, más libre, menos dañina y más saludable, puede ayudar a que la persona encuentre nuevamente su centro y recupere su serenidad, que se vuelva a sentir un ser completo que comprende cada una de las piezas de su vida.

Aunque el tema central de esta reflexión es la Celda como medio para salir de la ignorancia, es importante establecer la relación entre el ejercicio de la celda y la emergencia de las pasiones en la estructura antropológica del hombre, pues es precisamente allí donde a través de toda una experiencia, se puede identificar cada una de las pasiones por la que esta atravesado, cuáles son las dominantes que difieren en cada persona de acuerdo a su historia a cómo emergen, a cuál es el daño que causan, de qué parte de la historiografía provienen y cómo se les puede combatir. Tener una comprensión de la propia vida contribuiría al alivio del dolor y sufrimiento que causa el desconocimiento de sí mismo, que no es otra cosa que la permanencia en la ignorancia. En la actualidad, la celda puede llegar a ser una propuesta loable y totalmente válida para quien decida asumirla como una actitud de permanencia y observancia del mundo interior, como un medio para el autoconocimiento, para encontrar, entender y comprender la manera de estar en el mundo. Salir de la ignorancia

y habitar en la sabiduría, ofrece al ser humano un genuino conocimiento de sí, del que muchas veces se huye por miedo a interpelar y descubrir la verdad que se revela en la soledad y el silencio.

Silencio. Unidad entre la conciencia y la vida

Los moradores del desierto usaron la palabra como un mecanismo para instruir, amonestar, sanar y expresar su sabiduría. Sin embargo, su práctica más sabia y profunda fue el *silencio*. Este gozaba de un valor auténtico entre los padres: la ausencia de la palabra tanto a nivel exterior como interior acertaba según ellos las posibilidades de dañar a otros con la calumnia o la crítica. Velar por la integridad entre la palabra y la vida era una de las grandes tareas de los anacoretas; así lo dejan ver entre líneas algunos padres.

Teja (2007) recoge algunos dichos, como el siguiente “dijo un anciano: Sin la vigilancia de los labios es imposible al hombre avanzar incluso en una sola virtud, porque la primera virtud es la vigilancia de los labios” (p. 206). La cautela a la hora de hablar es una de las principales tareas de la sabiduría del desierto, sin embargo, no solo se trata de cuidar, evitar y juzgar al semejante; los padres relacionan la importancia de la práctica del silencio en todos los escenarios posibles de la vida: Abba Pastor propone el silencio como un asunto de descanso interior: “si tú eres silencioso, hallarás descanso donde quieras que te encuentres” (Elizalde, 1986, Vol. II, num. 658); o como la mejor manera de hacerle frente a las dificultades: “La victoria sobre toda dificultad que te sobreviene es guardar silencio” (Elizalde, 1986, Vol. II, num. 611). Se podría citar cantidad de apotegmas sobre este tema que van dejando al descubierto, cómo para los habitantes del desierto, el silencio, el buen uso de la palabra y la vida, debían de tener una integridad que se reflejara no solo en el exterior, sino que fuera fruto de una realidad interior.

Como ya se ha expresado, el silencio está llamado en la vida de los ascetas a tener una coherencia tanto interna como externa, es decir que de nada sirve mantener un silencio exterior si en el interior bulle el caos y el desorden, o simplemente, aunque no se pronuncie palabra alguna, adentro solo se escucha una orquesta completa de voces, que van y vienen sin nada más que el ruido temerario de no poder comprender en su origen y plenitud cada palabra que surge. De esto eran conscientes los perspicaces padres que sabían lo engañoso que podría ser cualquier práctica supuestamente *beneficiosa* para el alma. Así lo expone el Abba Pastor:

Es hombre aquel que se conoce a sí mismo. Y añadió: “Hay personas que parecen guardar silencio, pero su corazón condena a los demás. En realidad, están hablando sin cesar. Otros hablan desde la mañana hasta la noche y sin embargo guardan silencio”. Esto dijo porque él nunca hablaba más que para el provecho de los que oían» (Elizalde, 601, p. 61).

Cultivar el buen uso de la palabra vendría a ser para los monjes del desierto uno de los frutos más genuinos del silencio; esto no quiere decir que no sea importante guardar y custodiar el silencio; al contrario, es vital permanecer en él; es allí donde se adquiere el conocimiento, la sabiduría que implica expresar con la palabra. Burton Christie (2007) hablando sobre los moradores del desierto expone:

[...] No se debería pensar que el silencio es meramente la simple ausencia de las palabras más bien, debe penetrar hasta el núcleo mismo de la persona y ser el reflejo de un corazón transformado [...] solo cultivando un corazón puro es posible expresarse con autoridad e integridad” (2007, p.138).

Hablar desde la profundidad del corazón solo es el reflejo de un ejercicio serio y responsable de permanecer en el silencio; quien logra cultivarlo apacigua los movimientos permitiendo que el oleaje que muchas veces acompaña la vida interior serene sus aguas y como resultado, se pueda ver con claridad, como si fuese un cristal, lo que habita en el fondo, lo que hace que se agite cada vez que alguna circunstancia lo rodee o simplemente suceda sin ninguna explicación o mejor dicho sin la comprensión de las raíces que lo agitan.

Esto lo comprendieron muy bien los padres; anteriormente se ha mencionado que el silencio es una condición, o se podría decir es un complemento, que se requiere para poder habitar en la celda y a través de ella, salir de la ignorancia, que no es otra cosa que conocerse a sí mismo y partiendo de ese conocimiento vivir sabiamente. Sería muy difícil adquirir un conocimiento de sí sin antes escuchar lo que habita en el interior, lo que se agita, lo que grita. El silencio es como la atmosfera que envuelve propiciando la quietud, la permanencia, la atención; es una escucha pausada, que hace brotar el mundo interior de la persona revistiendo las resonancias internas de lucidez y claridad. Para ejemplificar y llevar a la praxis lo expuesto se puede retomar y ampliar el caso de Luciana.

Al hablar del tema en páginas anteriores, se ve cómo una de las cosas que más le cuestan es entrar en contacto consigo misma, permanecer, aprender a escuchar su mundo interior. Cuando Luciana habla de las distracciones constantes que solía buscar de una manera consciente para ahogar sus resonancias internas, se refiere al ruido a la incapacidad en su momento de permanecer en silencio. En otro encuentro ella sigue ampliando su historia así:

El silencio para mí fue una tormenta; por meses no encontré dónde refugiarme. En muchas ocasiones quise retornar a la música, a la pintura, a mis salidas constantes, a las cenas con mis amigos, en fin, cualquier lugar era mejor que permanecer allí. Escuchar mi mundo interior significaba escuchar todo el ruido que había dentro: voces, palabras, momentos, decisiones tomadas. El silencio me dejó desnuda, con frío, con vergüenza frente a mí misma; me hizo descender hasta lo más oscuro, pero también genuino de mí y allí me mantuvo por mucho tiempo; me vi ahí sin más que mi alma desnuda, mis heridas, mis cicatrices, mis

luchas, mis fracasos, mi mundo ilusorio y mi mundo real, mis luces y mis oscuridades. Al inicio solo quería huir, así que mantuve el silencio exterior pero mi pensamiento divagaba de un lado a otro. Los sueños, las añoranzas, los planes, la imaginación empezaron a mantenerme a salvo de la tempestad; a veces llegaban momentos de lucidez y me sentía llamada a regresar, a retornar frente a la verdadera presencia del silencio, estuve mucho tiempo entre idas y venidas, pues ya había permanecido tanto tiempo en el ruido y en lo ilusorio que brinda el caos, que la realidad -mi realidad- lo que me pertenecía lo sentía ajeno a mí como si fuera simplemente algo extraño, algo que solo pertenecía a una obra donde yo era su espectadora [...]”.

El caso de Luciana nuevamente ilumina este planteamiento, ya que dicha historia se puede considerar parte de la vida de muchas personas que viven hoy en el ruido y en caos. Fiestas, amigos, música, licor, trabajo, amor, viajes, triunfos académicos, etc. Dichas experiencias se acentúan como la realidad de la vida, lo que la conforma, hacia dónde debe estar orientada; se convierten en las metas, los objetivos, desde donde se aprende a esperar y a buscar en ello lo trascendental de la vida; efectivamente todo esto hace parte de las dimensiones de la misma; el problema aquí es que el ser humano se carga de tantas búsquedas externas que no alcanza a escuchar las internas, es decir que la vida no está compuesta solo de estas dimensiones, hay unas más profundas y en un atrevimiento se podría decir más vitales, entre ellas se encuentra el aprender estar consigo mismo, ver con claridad la realidad completa de cada persona, su historia, la manera en que se ha ido configurando, asumirse en la vida con limpieza de corazón, como adulto, encargándose de sí mismo de una manera tal que se pueda experimentar la serenidad del corazón, la paz, el gozo, la felicidad. Si el ser humano no aprende a priorizar estas realidades internas tal vez sea mucho más difícil relacionarse de una forma saludable, transparente.

En esta perspectiva, en el citado libro *La posesión demoníaca. Un fenómeno antropológico de origen relacional* los autores exponen que: “Evitar el silencio y la soledad, por otra parte, explicaría la fuerte tendencia a la distracción que caracteriza la vida en las grandes ciudades y el ritmo caótico de nuestro tiempo. Sin un consciente y dedicado cultivo del silencio y de la soledad el ser humano corre el riesgo de convertirse en un desconocido para sí mismo, un *extranjero en su propia patria*, situación que le haría vulnerable ante la constante oferta de *falsas identidades* que le ofrece el mercado, identificándose, peligrosamente, con aquello que hace, sean profesiones u oficios, o con las tendencias de la moda encarnadas y promovidas por ídolos de carne y hueso” (Pérez y Osorio, 2021, p. 370).

Un desconocido para sí mismo, de esto se dan cuenta los padres del desierto. Como grandes observadores, identifican el silencio como la posibilidad de la escucha, de apaciguar las múltiples búsquedas llenas de ruido que encarna el ser humano y dar paso así a la escucha del interior que hunde sus raíces en la realidad, en la verdad que ofrece la misma vida e historia de cada persona. Esto se va vislumbrando y va quedando de manifiesto con algunos apotegmas de los padres. Ya el Abba Pastor expresaba que:

“en el silencio se encuentra descanso” (Elizalde, ll, 658. p. 69), del mismo modo lo expone uno de los ancianos: “El silencio está lleno de vida, pero la muerte está oculta en las palabras abundantes”. El Abba Pastor lo observa con toda razón “Cualesquiera que sean tus penas, la victoria sobre ellas está en el silencio” (Elizalde, los dichos, vol. ll, 609. p. 62). Tal vez porque solo habitando un escenario real es posible hacerle frente a la vida con dignidad. Por eso, el silencio cobra para los moradores del desierto un valor infinito y junto con la celda y la soledad, hace parte de las condiciones fundamentales para recorrer un itinerario vital más humano, más digno, más saludable.

Ahora bien, se puede volver a aludir al caso de Luciana para iluminar y comprender la praxis de lo que proponen los padres. Según lo narrado en su testimonio, esta mujer tuvo que pasar por varias etapas y condiciones para poder darse cuenta de desajustes en su vida y la tarea pendiente de encontrar una armonía entre el pensar, el sentir y el estar sola, que es posible cuando se logra hacer un proceso serio y responsable de comprensión de la existencia por parte de la persona. Aquí solo se expone el proceso de cómo ella se va dando cuenta de lo que sucede en su vida y por qué habita tanto ruido en su interior; por qué le cuesta estar con ella misma; qué sucede en su vida que no le permite estar en armonía; por qué se siente como un rompecabezas donde todas las fichas parecen inconexas; qué la hace sentir que no se pertenece a sí misma. Todas estas preguntas y la comprensión que exigen, empiezan a aflorar en el interior de Luciana y el estado consciente de su realidad completa. Para esto tuvo que aprender a estar consigo misma; alejarse del ruido y de las distracciones que solía frecuentar; habitar en el silencio y en la soledad; permanecer en la escucha atenta de sus resonancias internas. En esta línea, cuando Pablo de Ors (2012) habla de las bondades del silencio que ofrece un estado consciente a la praxis de la propia vida expresa lo siguiente:

Ser consciente consiste en contemplar los pensamientos. La conciencia es la unidad consigo mismo. Cuando soy consciente, vuelvo a mi casa; cuando pierdo la conciencia, me alejo, quién sabe adónde. Vivir bien supone estar siempre en contacto con uno mismo, algo que solo fatiga cuando se piensa intelectualmente y algo que, por contrapartida, descansa y hasta renueva cuando en efecto se lleva a cabo (p.12).

El vivir bien y el relacionarse de manera saludable consigo mismo y con los semejantes, es el resultado de un proceso en el que se adquiere un autoconocimiento honesto y limpio. De esto se dieron cuenta los padres del desierto, quienes desde su experiencia particular de vida, ponen el desierto, la celda, la soledad y el silencio como medios y -a la vez- como condiciones para alcanzar lo que ellos denominaron *hesiquía*, es decir, la serenidad interior. Teja (2007) dice que la *hesiquía* para los padres significa: [...] “el profundo silencio interior alcanzado a través del silencio exterior, la tranquilidad divina del alma donde mora Dios, la oración continua” (p. 203). Y es que estos grandes sabios moradores del desierto fueron conscientes de que la relación con Dios no es algo que se vive desde un presupuesto abstracto o ajeno al ser humano, pues

el hombre no solo es resultado de la creación de Dios; cada ser humano es cocreador de sí mismo, es el resultado de una serie de elementos biográficos donde de diferentes maneras han intervenido muchas personas, en que cada uno como protagonista de su historia interviene de acuerdo a lo que es, de acuerdo a como está configurado, a la manera en que habita el mundo. Es ahí donde se encuentra lo valioso que esta reflexión pretende resaltar de los padres: ellos en su sabiduría proponen todo un camino de conocimiento que este encarnado en un carácter antropológico, terapéutico y espiritual. Los padres se ocupan y ponen su atención en el mundo relacional del ser humano, se dan cuenta de cómo para poder vivir libremente y ser felices, se necesita poner en orden la vida, organizar el mundo relacional. Por esto la insistencia de estar consigo mismo, de tener una mirada completa y limpia sobre la vida, de habitar y encontrarse en el silencio.

En este mismo sentido el filósofo francés Marcel, citado por Pérez y Osorio (2021), afirmaba que, si el ruido acostumbra a ser la disonancia en estado puro, el silencio es la clave imprescindible para que el ser humano llegue a una reconciliación entre la “exterioridad” y la “interioridad”, que sin cesar hay que rehacer (p. 613). También en 1948 Max Picard citado por Pérez y Osorio (2021), ponía de relieve que “el silencio es una estructura fundamental del hombre” (p. 614), absolutamente imprescindible para su salud física, psíquica y espiritual.

No en vano los padres del desierto le dieron un valor tan importante al silencio. En el mundo relacional antes mencionado, se encuentra la relación con Dios *en última instancia*, pero no menos importante. Es como una cadena ascendente: primero el ser humano en su interioridad, luego el semejante, la creación y por último está Dios. Este presupuesto es un planteamiento de la sabiduría monástica, y así los padres nos lo proponen al empezar sus procesos siempre consigo mismos para poder ir dándose a otras dimensiones relacionales. ¿Por qué en la dimensión relacional los padres ponen a Dios en último lugar? Pues porque la sabiduría del desierto comprende que solo cuando se logra tener una reconciliación completa en todas las variables de la vida se alcanza a tener una relación limpia de corazón con Dios. Así es como lo registra Elizalde (1986).

Contaba el abad Pastor que el abad Moisés preguntó al hermano Zacarías, cuando este estaba a punto de morir: “¿Qué ves?”. Y él contestó: “Veo que no hay nada mejor que callar, padre”. Y le respondió el abad: “Es verdad, hijo mío, guarda silencio”. A la hora de su muerte, el abad Isidoro que estaba junto a él mirando al cielo, dijo: “Alégrate, hijo mío Zacarías, porque se han abierto para ti las puertas del Reino de los cielos” (p. 81).

La experiencia de la divinidad a través del silencio no solo pertenece a los anacoretas; es una vivencia que enmarca la vida monástica y la diversidad de diferentes religiones y culturas, no importa de qué carácter sean. El caso aquí, es que el silencio se propone dentro de todo este marco como una puerta, es una antesala y a la vez una

condición por la cual hay que pasar, para poder entrar al mundo interior, para dejar de estar fuera y lograr una conexión consigo mismo, con el semejante y con Dios. Es interesante cómo en las distintas religiones, tanto la soledad como el silencio son valorados como espacios que ayudan al ser humano a reencontrarse con su propia verdad, sin necesidad de buscar revelaciones externas que hablan de Dios. El silencio es el mejor eco de la voz de Dios, volviéndose parte del mundo simbólico del hombre, del escenario donde no solo la historia habla, sino también donde Dios se manifiesta.

Conclusiones

En síntesis, se puede decir que, el ejercicio de la celda no corresponde solamente a una práctica arcaica que los ascetas del desierto realizaron en su momento. Una de las pretensiones de este texto fue mostrar cómo en la actualidad, la sabiduría de los padres del desierto sigue vigente como toda una propuesta de vida. Tal vez ya no es necesario huir al desierto o permanecer en una tumba para protestar en contra de los sistemas poco evangélicos establecidos en este mundo, sin embargo, se puede concluir que, la celda como una manera de posicionarse en la vida, es una propuesta actual para todo aquel que desee encontrarse con su verdad y salir de la ignorancia. La celda y el silencio exigen de una permanencia y autoobservación que propician a la persona irse dando cuenta de su dinámica interna a través del ejercicio del autoconocimiento.

Con base en lo expuesto acerca de la experiencia de los padres del desierto y de otros autores incluyendo el testimonio de Luciana, se va poniendo al descubierto cómo la práctica de la celda, acompañada del silencio, se convierte en una propuesta actual para quien decida hacer un proceso personal de comprensión y de ir al encuentro de su propia verdad. Las consecuencias de la reflexión de la celda y el silencio ofrecen al ser humano, un medio efectivo y práctico para aprender a conocerse y desde allí tener una mirada más completa sobre sí mismo; esto implicaría librarse de angustias y de sufrimientos impresos en su propia historia, puesto que el desconocimiento sobre sí mismo desencadena una cantidad de decisiones y comportamientos fallidos que afectan y vuelven caótica la vida del ser humano. Si aprende a mirarse con ojos limpios y a través del ejercicio de la autoobservación comprende lo que sucede en su vida, es muy probable que pueda ir transformando y haciéndose cargo de su propia historia.

Como se ha podido observar, el tema de la celda y el silencio permite poner al descubierto las pasiones que habitan en el mundo interior de cada ser humano, la forma en que emergen las pasiones y cómo se apoderan de él. Este ejercicio de comprensión ayuda a que la persona pueda ejercer cierto dominio sobre la pasión y de esta forma, lograr que su relación con los otros sea diferente, puesto que aquella no solo afecta a la persona como individuo sino que también trastoca las relaciones con los demás seres humanos, con la creación y con el misterio de Dios. El que logra hacer un trabajo personal consigue tener mejor relación con sus semejantes.

Lo descrito, ayuda a comprender cómo, quien asume esta postura frente a la vida, se convierte en un gran observador adquiriendo un profundo conocimiento sobre sí mismo que le permite ser una persona sabia. En suma, las pasiones hacen parte de la

estructura antropológica del ser humano, no son agentes externos, sino que emergen desde la interioridad como parte constitutiva de él, pero a la vez los padres también reconocen que estas van surgiendo a través de una dinámica interpersonal que va afectando la vida misma, imprimiendo en ella dolor, sufrimiento, caos y haciendo que la persona pierda su armonía original. Las pasiones como dinámica interpersonal están íntimamente ligadas a la historiografía de cada persona, de ahí que no todos los seres humanos tengan las mismas pasiones dominantes en su vida; si bien están unidas al organismo (parte antropológica), lo que será relevante para cada persona serán los acontecimientos experimentados en su vida y la manera como afectaron y alteraron su armonía interior.

Referencias

- Burton-Christie, D. (2007). *La palabra en el desierto*. Madrid: Siruela.
- d'Ors, P. (2012). *Biografía del silencio. Breve ensayo sobre meditación*. Plataforma digital: Titivillus.
- Elizalde, M. (1986). *Los dichos de los padres. Colección alfabética de los apotegmas Vol. I*. Sevilla: Paulinas.
- Elizalde, M. (1986). *Los dichos de los padres. Colección alfabética de los apotegmas Vol. II*. Sevilla: Paulinas.
- Grüm, A. (2001). *Oración y autoconocimiento*. Navarra: Verbo Divino.
- Grün, A. (2017). *La sabiduría de los padres del desierto*. Salamanca: Sígueme.
- Larchet, J. (2014). *Terapéutica de las enfermedades espirituales*. Salamanca: Sígueme.
- Leśniewski, K. (2017). *Las enfermedades del espíritu. Diagnóstico y tratamiento en clave cristiana*. Salamanca: Sígueme.
- Pérez, H. y Osorio, B. (2021). *La posesión demoníaca. Un fenómeno antropológico de origen relacional. Aproximación interdisciplinaria*. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana.
- Póntico, E. (1995). *Tratado práctico a los monjes. Exhortación a una virgen sobre la oración*. Madrid: Ciudad Nueva.
- Teja, R. (2007). Fuge, tace, quiesce: el silencio de los Padres del desierto. *Revista de Ciencias de las Religiones*. 1, 1. XIX 201-207. <https://cutt.ly/JKbs1Go>